



Julio Silva Lazo, escritor campesino

720842
por Luis MERINO REYES

Cuando vamos al funeral de un amigo, de un hombre, un poco más, un poco menos, de la misma generación, empieza a dominarnos el ánimo de que una parte de nosotros también se ha muerto, de que un oficio común nos ha igualado, de que hemos sufrido casi los mismos triunfos e iguales rechazos. La casi totalidad de los escritores chilenos no vive de la literatura; debe ingeniarse para sobrevivir en la docencia, en el periodismo, en la administración pública o municipal, en el comercio.

Julio Silva Lazo, el más reciente de los amigos que hemos acompañado al cementerio, era agricultor. Bastaba conversar con él para informarse de su sano y sacrificado oficio; sentíamos en su voz cálida las brisas húmedas del río Puelo, la fragancia de los bosques recién talados, la malicia del aguardiente de Doñihue. Además, estaba su lenguaje lleno de astucia sonriente, con un dejo dominante y paternal. La proeza de trabajar sus propias tierras le permitió a Julio Silva Lazo no ser nunca un burócrata ni vivir en el duro oficio del literato o del lector a cada instante con más conciencia de que se vale menos. Julio Silva Lazo se desvelaba escribiendo un libro, en momentos hurtados a la vigilancia de sus cosechas, al recorrido a caballo de sus potreros, lo corregía con cuidado y en seguida, se lanzaba a vivir la epopeya de su publicación y de su crítica. Llevaba desde la partida una reserva de salud y de optimis-

mo que el escritor profesional, el hombre de gremio o de capillas no logra alcanzar. La tarea sufrida de distribuir el libro entre los críticos y libreros y aguardar los comentarios, la vivía a paso rápido, mirando un poco de soslayo, al estilo huaso, cuidando de aplicar la espuela o la caricia donde hay que ponerlas. Así nacieron, entre otros libros, "Hombres del Reloncaví" y "Mi abuelo Ciriaco", su obra más reciente y comentada.

"La gente entre la que yo conviví, nos dijo cierta vez, valora al hombre por lo que posee, un escritor, el autor de un libro, para ellos no significa nada. Hay que llegar hablando ronco de igual a igual, con lo que se tiene. Tú sabes el drama que significa para esa gente que tú los veas a pie, con un paquete en la mano, mientras tú te deslizas en un buen auto por la carretera".

Sin embargo, esta apreciación, este proceso de mimetismo a la tarea que había desempeñado durante toda su vida, desde la posesión de una gran fortuna, hasta convertirse en un pequeño y progresista agricultor, no significaba una norma de vida para Silva Lazo. Estaba lejos de esos personajes que nos miden por el paño de nuestra ropa y por el estado de nuestra cuenta bancaria. La órbita de su creación agrícola se amplió con el mismo o mayor ímpetu, a la literatura y escribir sus novelas y cuentos, corregirlos y publicarlos, ajustaba en la pasión recóndita de su vida, en el amor de sus

amores. Sabía por intuición y conocimiento que los hombres hablan de cosas que después se encuentran en los libros y él se preocupaba de escribir esos libros, perfumados por el paisaje, vitalizados por el habla de los nombres, hasta el extremo de olvidar el estificio de la palabra escrita.

En otra ocasión de nuestro largo conocimiento, nos pidió Silva Lazo que fuéramos como testigos a una sesión de televisión animada por un escritor dueño de talento y bellaquería en dosis muy justas. Se trataba de un tribunal literario, con acusados, abogado defensor y un juez inapelable. Julio Silva estaba eufórico, aportaba a ese ambiente algo sofisticado y maligno, su buena salud campesina, el desenfado entre ingenuo y malicioso del hombre que está de paso en Santiago y que conociendo las vueltas y revueltas de los escritores, los ama y hasta es capaz de mostrarles la hebra para desenredarse.

Su vida en movimiento no le permitió cuidar su salud; iba y venía de aquí a Doñihue, 200 kilómetros diarios, y no usaba la cama para yacer, sino para dormir el tiempo indispensable. De ahí provino acaso su desconcierto en su enfermedad de tres días, cuando ya no era dueño de sus manos ni de sus piernas. Su digna mujer, la poetisa Dolores Pincheira, le descubrió la cara fría y fue en busca de una compresa que lo reanimara. Julio le pidió con vehemencia que se protegiera del aire helado. Fueron sus últimas palabras...

El Siglo, Santiago, 15-VI-1973. 4.

Julio Silva Lazo, escritor campesino [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Julio Silva Lazo, escritor campesino [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile